

JERUSALEM ENTRE EL PARTICULARISMO Y EL UNIVERSALISMO

*“Jerusalem: una ciudad que llama a la unidad dentro de la diversidad”
Desde una perspectiva Judía*

Silvina Chemen

La rabina Chemen recibió su ordenación del Seminario Rabínico Latinoamericano. Graduada en Lengua hebrea y Biblia en Mijlelet Shazar y licenciada en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se desempeña como rabina en la comunidad Bet El, junto al Rabino Daniel Goldman. Es miembro de la Mesa de diversidad religiosa y creencias del INADI. Es autora de diversos libros entre los cuales figuran: *Violencia y Escuela* (Paidós, 2001), *Torá uMifgash – Torá y encuentro-* (Ediciones Nefesh, 2009).

Cada tarde saca Dios sus mercancías brillantes de la vidriera -carruajes celestes, tablas de ley, perlas preciosas, cruces y campanas esplendorosas- y las vuelve a meter en oscuras arcas adentro y cierra los postigos: "Otra vez no vino ningún profeta a comprar".

(Cantos a Jerusalem, Yehuda Amijai)

La disertación de hoy, a diferencia del resto de las ponencias, está formulada como una pregunta: Jerusalem, ¿una ciudad con un llamado hacia la unidad en la diversidad? Entiendo entonces que la expectativa es intentar responderla. Y a esto yo lo llamo un enorme desafío.

Antes de entrar en el tema, quisiera hacer algunas aclaraciones, que fueron parte de una riquísima y amorosa conversación entre los organizadores del simposio, tanto en Roma como en Argentina. Cuando recibí la invitación y leí la propuesta de mi participación en este tema, sentí, en un primer momento, que no me correspondía a mí hablar acerca de una ciudad en la que no vivo, representando a los judíos que comparten la belleza de la intensidad geográfica, histórica y espiritual de esta ciudad de luz con el pánico de los ataques y la inseguridad cotidiana. Sentía que eran los ciudadanos de Jerusalem los que debían hacerse cargo de este tema. Los organizadores de este importante evento me explicaron que esta ponencia tenía que ver con una dimensión religiosa, con una visión trascendente de lo que alguien, que en este caso soy yo, pero que podría ser cualquiera de los que estamos acá presentes, puede aportar después de los caminos de diálogo y encuentro que hemos transitado.

Hecha esta aclaración, intentemos responder a la pregunta. ¿Será Jerusalem una ciudad con un llamado hacia la unidad en la diversidad?

Solamente si nos detuviéramos en el nombre de esta ciudad, podríamos responder rápidamente que sí: Ierushalaim- Ir shalem, ciudad de Shalom, de salam, de paz, Ir

shalem, ciudad de completud, de integración y de inclusión. Éste es el mandato de la ciudad, que brega y lucha por conseguir habitar su nombre aún sin haberlo conseguido.

Un nombre que a lo largo de los textos y los períodos de la historia en las que recibió diferentes denominaciones, expresan un mismo deseo:

Así se la llamó también *Tziún*; el lugar de la altura, o del Tziun, de la referencia, altura para vivir en otra dimensión y referencia de paz y presencia divina para todas las naciones; un nombre tradicional para el Monte del Templo y la ciudad en torno a sus laderas.

También se la denominó *Ariel*, León de Dios, un animal que nunca cierra sus ojos, aquél que no duerme ni descansa para proteger a la ciudad divina, como leemos en el profeta Isaías, al comienzo del capítulo 29:

¡AY de Ariel, ciudad donde habitó David!
הוֹ אֵרֶל יִיאֲרֶל יִיאֲרֶל יִיאֲרֶל קִרְיַת הַגְּבוּרִים

Además fue llamada "*Adonai iré*", el "Señor verá", un nombre dado por Abraham cuando Dios le proveyó el carnero para realizar la ofrenda en lugar de su hijo Itzjak. Desde entonces, Jerusalem es llamada a abandonar la muerte, el sacrificio humano y a concentrarse en la ofrenda hacia al cielo que no se materializa con la sangre de ningún hombre.

También la llamó el profeta Jeremías, "*Nevé Tzedek*", morada de justicia, oasis de justicia. La palabra oasis da cuenta de un fenómeno natural inusual. En el medio del desierto aparece un remanso de aguas surgentes que le impregna vida y color a lo inhóspito. Jerusalem es llamada a ser un oasis del cual se desprenden nutrientes tan necesarios para la geografía en la cual está inmersa: la justicia, la equidad, el derecho de cada uno de sus habitantes a vivir su realidad y a convivir justa y pacíficamente con otros. La aceptación del otro, es un oasis en tiempos de tanta mezquindad e intereses. Por eso el profeta dirá (Jeremías 31:22):

כִּי אָמַרְתִּי הוֹתֵצְ בָּאוֹתַי לְהַיִּי שֶׁרָא לְעוֹמְיָא מִרוֹ אֶתְהַדְּבַבְהָ זָבֵב אֲרָקָה
יְהוּדָה וְבְעָרֶיהָ בִּשְׂוֵבֵי אֶתְשֶׁ בֹּתֵם יְבִרְכֶהָ יְהוֹהֵנוּ צִדְקַתְהָ קִדְשֵׁהָ

"Así ha dicho Adonai de los ejércitos, Dios de Israel: Aun dirán esta palabra en la tierra de Judá y en sus ciudades, cuando yo los retorne de su cautiverio: el Señor te bendiga, *Nevé Tzedek* -oasis de justicia, monte santo."

El Señor te bendiga, Neve Tzedek, oasis de justicia. Cuando la justicia es la que define a la ciudad, se percibe, entonces, la bendición de Dios.

Asimismo mucho se escucha hablar de Jerusalem como ciudad santa- “*ir hakodesh*” como lo recuerda el profeta Joel (4:17):

וַיֵּדְעוּתְּכֶם כִּי אֲנִי הוֹדֵה יְכֶם, שׁ כְּבֹב צִיּוֹן הָיָה קֹדֶשׁ. יְהוָה יִתֶּן
יְרוּשָׁה לְשׁ לְקֹדֶשׁ...

“Sabréis entonces que yo soy Adonai, vuestro Dios, que habito en Sión, mi monte santo. Santa será Jerusalén...”

Jerusalem es santa cuando Dios la habita, y cuando la habitan en santidad; cuando la presencia de Dios es la que regula la vida de quienes moran en ella. La santidad no es un beneficio del creyente, ni un atributo inherente que no compromete a la voluntad, todo lo contrario, es la consecuencia de un camino de esfuerzo y actos de conciencia, respecto de la presencia de Dios en nuestros hechos cotidianos, “Santos seréis”, indica el Levítico en su capítulo 19, en un imperativo que nos conduce a obrar como la palabra revelada lo indica. Así Jerusalem será santa cuando quienes la habitan respondan al llamado divino de la santidad, con el amor al prójimo, el respeto por las diferentes condiciones, la solidaridad y el encuentro. En este mismo sentido, el mundo musulmán llama a Jersualem, Al Quds, cuando la raíz semítica de Quds es la misma que Kadosh: el lugar santo o como me gusta entenderlo a mí, un lugar que nos desafía a la santidad.

La pregunta a responder ahora es ¿qué es lo que le impide a Jerusalem habitar sus nombres? ¿Qué es lo que no permite que este lugar, polo magnético de todas las épocas históricas, sea de Shalom, de paz, de completud, de referencia, de protección, de justicia y de santidad? ¿Qué sucede en la ciudad en la que conviven la mayor cantidad de confesiones como en ningún otro lugar del mundo? En ninguna otra porción de este planeta se han rezado más oraciones, ni interactúan tantos rostros diversos, tantos idiomas, tantas maneras de llamar a Dios. No hay otros ciudadanos en otras latitudes del globo que amen tanto a una ciudad como a Jerusalem, que amen y que mueran por ella. Muchos analistas políticos y expertos en relaciones internacionales han desarrollado sus teorías al respecto. Desde ya que yo no vengo a predicar postulados sociológicos, demográficos, políticos o económicos. No me formé en esos campos. Lo que sí sé es que ninguna de estas ciencias, hasta el día de hoy, ha podido, con sus análisis aportar a una solución al fracaso más grande que tiene Jerusalem, desde que fue soñada: habitar sus nombres y vivir con los pies sobre esta tierra y los brazos tocando al cielo.

Como leemos a Rabí Iojanan, en el Talmud: "Dios no entrará en la Jerusalem celestial hasta tanto no ingrese en la terrenal". Me recuerda esta frase a un relato jasídico que cuenta la historia de un rabino que se paró en la entrada de la sinagoga sin poder ingresar. No había ningún obstáculo aparente. Los feligreses lo observaban atónitos hasta que uno de ellos le pregunta: “Rabí ¿por qué no entra?” Y él le respondió: “¿Cómo voy a entrar si no hay espacio?”. “Pero Rabí”, le inquirió otro de los fieles, “mire todo el lugar que tiene para caminar y entrar al púlpito para comenzar con la plegaria”. “No hay lugar”, volvió a contestar, ya un tanto incómodo. “El Templo está

atestado de sus palabras, las oraciones que ustedes pronuncian son pesadas como bloques de plomo, no hay lugar porque no hay plegaria sincera que pueda elevarse al Cielo. Cuando recen con el corazón pleno, y sus palabras lleguen al Santo Bendito Sea, entonces, habrá lugar para circular en este santuario.” Lo mismo explica Rabí Iojanán: Dios no va a entrar a la Jerusalem celestial hasta tanto no ingrese en esta ciudad, la terrenal. Pero para ello habrá que hacerle lugar. No podemos pedir bendición y paz al cielo si no vamos a trabajar para que reinen, a partir de la obra de nuestras manos, en esta tierra.

Cuando el texto bíblico define la novena plaga en Egipto, la de la oscuridad, la describe de la siguiente manera: "Oscuridad sobre la tierra de Egipto, una oscuridad que podía palpase... No se veían unos a otros, y nadie se levantó de su sitio por espacio de tres días" (Ex.10:21-23). Justamente este año leímos esta parte de la Torá en medio de mucha oscuridad: las noticias desgarradoras de la guerra en Gaza, un rebrote antisemita en Argentina y en varios países del mundo, que revivió escenas que creíamos haber archivado en los libros de historia y la anulación de la excomuni3n de un obispo que vive hoy en Argentina que negaba la Shoá. En este contexto yo estaba elaborando esta ponencia y pensé: "Estamos viviendo nuevamente la plaga de la oscuridad, que no tiene que ver con un fenómeno de la física sino del espíritu." Una oscuridad que podía palpase, dice el texto bíblico, no se veían unos a otros. ¡Ésa es la plaga! No verse unos a otros. No dar cuenta del otro. Al no reconocer al otro, nos hacemos ciegos, hacia el prójimo y también hacia nosotros mismos. Cuando la opción es unos u otros, Dios nos manda la plaga de la oscuridad: perdemos de vista al que tenemos delante, pero también nos perdemos de nosotros mismos, nuestros proyectos pierden rumbo, nuestras palabras, quedan al ras del piso, como en el cuento, nuestras acciones irremediabilmente terminan ocupándose de quitar al otro del medio. Cuando uno no ve, todo lo que tiene enfrente es una amenaza, un peligro potencial, y hay que quitarlo para hacernos camino. Y fue allí cuando comprendí también lo que significaba metafóricamente la última de las plagas: la muerte de los primogénitos. En ese momento me pregunté: ¿qué valor excedente tiene un hijo primogénito respecto del resto de los hijos? ¿Por qué esta distinción? La muerte de los primogénitos es la consecuencia de la plaga de la oscuridad: cuando uno deja de reconocer al otro, cegado por sus propias ambiciones se muere o mejor dicho, matamos, lo que debería estar en primer lugar, lo primario, lo esencial de la condici3n humana, el respeto por el valor de la vida, la santidad, la dignidad y el amor; pilares constitutivos del proyecto de Dios sobre nosotros, en esta tierra.

Dicho todo esto, creo que el llamado que hace esta ciudad luz es al de enfrentarnos a la oscuridad. Y todos los que estamos acá ya hemos recorrido un largo trecho con este objetivo: ponerle luz a 2000 años de oscuridad entre judíos y cristianos. Y hemos comprendido que el único camino es el diálogo. ¿Y por qué necesitamos del diálogo? Porque el diálogo es la contratara del silencio. Vivimos tiempos de ausencia de encuentros y de refugios en las individualidades, en cada uno de los órdenes de la vida. Somos testigos y a veces actores de una humanidad que se protege en sus fanatismos y cree en la ilusi3n de que la anulación del otro asegura la propia existencia. Acá en Jerusalem y en cada uno de los lugares en los que vivimos, los

extremos están ganando la calle porque de hecho están respondiendo a identidades cada vez más débiles disfrazadas de absolutas. En este marco surge, entre los que nos atrevemos a no anestesiarnos con el contrato de violencia que nos ofrece este tiempo, la esperanza del diálogo, el pedido del diálogo, la luz del diálogo, para quebrantar la oscuridad.

La pregunta que tengo para hacernos es: Entonces, ¿cuándo aprendimos a dejar de hablar? ¿Cuándo pactamos con el silencio entre hermanos? Lo llevamos en la génesis de nuestra propia creación y aunque las generaciones se sucedan pareciera ser que existe una marca fundacional que nos atrae a esta conducta. Volvamos al comienzo y leamos el Génesis:

“Y le dijo Caín a su hermano Abel: y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató.” (*Bereshit- Génesis 4:8*)

Así comenzaron los primeros hermanos una historia que con matices y geografías diversas se repetirá hasta el día de hoy. Caín y Abel son la primera pareja de hermanos. Si leemos con detenimiento, observaremos que en el versículo citado falta un detalle muy importante. “Y le dijo Caín a su hermano Abel...” Y no figura lo que le dijo. No hubo palabra, ni reflexión, ni siquiera discusión, sino silencio. Y fue entonces, que se levantó Caín contra su hermano y lo mató. Porque cuando no hay espacio de comunicación y no se construye la intersección entre dos personas, el otro es una amenaza, se transforma en un peligro que atenta contra la propia existencia. Cuando no hay texto, no hay manera de saber del otro y que lo conozcan a uno. El silencio del Génesis entre los dos hermanos nos interpela a no repetir la historia. Por eso nos estamos dedicando a bucear en los fundamentos de un diálogo porque nos proponemos reencontrar palabras allí donde hubo silencios; silencios de indiferencia, de humillaciones, de matanzas, de inquisiciones... Silencios en una Jerusalem tan aturdida de gritos y estruendos y a su vez con tantas soledades y tinieblas.

¿Y cómo se sale de ese silencio ensordecedor y destructivo?

אנכי קראתיך כי תענוף אלך השם אזנך לי שמע אמרתי.

“Yo te he llamado, porque tú me oirás, Dios: Inclina a mí tu oído, escucha mi palabra”.

Así define el salmista, en el salmo 17 su vínculo con Dios. Una relación de dos voluntades constituida por la palabra y su escucha. Yo te invoco. Tú me oyes. Yo te llamo. Tú me respondes. Yo te necesito. Tú estás.

Es interesante la formulación del poeta bíblico: Yo te he llamado porque tú me oirás. La conversación se gesta en una dimensión previa que es la confianza en la presencia del otro. El creyente se dirige a Dios ya sabiendo que él recibirá respuesta. La presencia del otro es la garantía. Yo me atrevo a decir, afirma el texto, porque sé que hay alguien delante de mí que está dispuesto a escucharme. La escucha es, entonces, la garantía de la palabra. Y a escuchar se aprende. No es una capacidad innata de los

individuos. A hacerle lugar al otro, se enseña. Sólo cuando el campo de la escucha se fortalece, es probable que las palabras que aparezcan sean las que construyen el vínculo. Primero Dios deberá inclinar el oído. ¡Qué atrevido el salmista! Pedirle a Dios que se incline... Sin embargo, como en espejo y a imagen y semejanza, se nos está enseñando a nosotros a escuchar. Inclinarsé para escuchar al prójimo no es signo de sujeción, sino de amor; de poder decirle: - quiero llegar a vos, quiero involucrarme, quiero ser parte de lo que vas a decir. Si a Dios se le puede pedir que incline su oído, metafóricamente, para que nosotros podamos hablar, ¿Por qué nos resulta tan difícil aquí en la tierra, dar señales a nuestro prójimo de que lo que tiene para decir nos interesa?

A veces las experiencias de dolor, como las que se viven acá en Jerusalem, mutilan la confianza que se debe sentir para generar un encuentro. Es aparentemente más protector reunirse con los que piensan igual y atrincherarse para defenderse de lo que pueda ser atacado.

Pero está comprobado que los misiles, los que se inmolan, los ataques aéreos o terrestres tienen un éxito a corto plazo aunque producen abismos eternos. Las bombas son la metáfora de la supresión de la luz y de la palabra. Cuando algo explota, no se ve nada, ni se escucha nada más que su estruendo. Y luego, las sirenas, los gritos, los llantos, la confusión y las promesas de venganza, ponen cada vez más lejos la posibilidad de escucharnos.

Quizás por eso, premonitoriamente el texto central, la profesión de fe para el pueblo de Israel y de hecho para todas las tradiciones monoteístas que de allí nacieron, sea el Shemá:

SHEMÁ ISRAEL ADONAI ELOHEINU, ADONAI EJAD
Escucha Israel, Adonai nuestro Dios, Adonai es Uno.

A la unicidad de Dios, primero se la escucha, porque es la única manera de comprender la dimensión de lo Uno. El escuchar que Dios es Uno, nos interpela a aprender a ser uno con el prójimo, cuando desarrollamos nuestra capacidad de escucha. Y cuando hay escucha, el monólogo se transforma en diálogo.

Sueño con una Jerusalem que supere los status quo establecidos por gobiernos y cartas de derecho internacional para animarse a vivir la vida cotidiana con el mismo contrato de fe y espiritualidad con la que se expresan los rezos de todos. Una ciudad que viva el ideal que sostiene el salmista (Tehilim- Salmos 6:9):

שמע יהוה יהוה, תחנוני יהוה, תפלת יקה.
“Adonai ha oído mi ruego; Ha recibido Adonai mi oración.”

Escuchar es sinónimo de recibir. La poesía bíblica, sobre todo en el libro de los Salmos, desarrolla una figura literaria llamada quiasmo, en este caso, un quiasmo sinonímico,

es decir, repite una idea, con diferentes palabras. En esta repetición se comprende el sentido que el poeta le da a sus versos.

Adonai escuchó mi ruego, es decir, Adonai recibió mi oración. Me emociona entender el verbo escuchar como un recibimiento. Te escucho, hermano, y en esta escucha, te recibo. Sin más palabras que el gesto de hacerte lugar en mí. Hago lugar en mi existencia para darte el tuyo en mí, cuando estoy dispuesta a escucharte. Fervientemente creo que cada vez que en el texto bíblico aparecen acciones de Dios, están allí para decirnos que así debemos nosotros obrar, en esta tierra, porque somos “a imagen y semejanza del Creador” y por tanto continuadores de sus acciones. Y si Dios escucha al salmista y recibe la oración del creyente, ¿acaso nosotros tenemos alguna chance de no hacerlo con la palabra de nuestro prójimo?

¿Cómo transformar las iglesias, las mezquitas, las sinagogas, en espacios de educación ciudadana en la fe? Quizás sea una utopía romántica, inasible, sin embargo Jerusalem, está habitada por hombres y mujeres que creen y viven en la fe. ¿Por qué no educar a una generación de líderes religiosos que le devuelvan a las religiones, al proyecto de Moisés, de Jesús y de Mahoma, su verdadera misión fundacional? Las religiones han sido secuestradas. Sí, en la figura de los secuestros por causas religiosas se ha encubierto que quienes fueron secuestradas fueron las religiones, amordazadas por los fundamentalistas, usurpadas por los que confundieron la palabra sagrada con una granada.

Yo no sé qué trama secreta tienen las religiones, que fueron fundadas por inspiración de Dios, de la mano de líderes, profetas o enviados, para traer la redención al mundo y lo que provocaron fueron divisiones, cismas, rupturas, odios entre los mismos hermanos. No sé qué mecanismo errado y perverso se despliega, tan lejano a la virtud que pretendían implantar en cada uno de nosotros las religiones que profesamos. Los fundamentalismos, las peleas de poder, las ortodoxias y las liberalidades, las interpretaciones contrapuestas... como si no hubiera suficiente lugar en el universo para cada uno de nosotros, como si esta ciudad no tuviera espacio para todos.

Siento que vinimos, en un acto simbólico a liberar a nuestras religiones de sus secuestradores, vinimos a poner diálogo donde algunos imponen silencios, y luz, entre tantos otros que piden y hacen por la paz, en medio de tanta tiniebla.

Martin Buber, el filósofo e inspirador para muchos de los que nos comprometemos y nos emocionamos con la posibilidad del diálogo interreligioso, decía durante una conferencia de las sociedades misioneras cristianas en 1930, hablando de las diferencias y coincidencias de judíos y cristianos: “Podemos trabajar juntos para extraer la palabra enterrada, liberar la palabra viviente que está aprisionada.” Y para eso estamos acá en el año 2009.

Sin Chiara físicamente, por primera vez desde el primer simposio, pero con la alegría y la responsabilidad de continuar su obra, que no fue más que liberar a las palabras, darles vuelo, recuperar la santidad de los gestos cotidianos, releer las escrituras para

encontrarnos en ella. La unidad, nos enseña Chiara nos hace libres de practicar la particularidad. Y siempre repetía: “para nosotros el diálogo es vida”, porque eso es lo que proclaman las escrituras, aunque algunos intentaron silenciarlas.

Si Jerusalem, como todos sabemos, está habitada por creyentes y practicantes, es imprescindible trabajar la convivencia desde una dimensión religiosa. En esta dimensión se preserva la opción por un sentido trascendente. Llegará el día en el que se pueda entender que si nos ocupamos tanto de hacer callar al otro y de negar al otro, estaremos enterrando lo más sagrado, silenciando al texto que nos clama amor al prójimo, amor a Dios, cuidado por el extranjero y abandonando la fuente de vida que es el texto revelado. El diálogo entre los habitantes de Jerusalem es la oportunidad de recuperar la palabra de Dios hecha texto que es el mejor camino hacia la paz,... de todos.

Judíos y cristianos, en este caso, tenemos, al decir de Buber dos pilares en común: un libro y una esperanza. “Para vosotros,- dice el filósofo- el libro es sólo la antecámara, para nosotros es el santuario.” “Vuestra esperanza, continúa hablándole al público cristiano- es un segundo advenimiento, la nuestra un advenimiento que aun no ha sido. Sin embargo, podemos esperar juntos para ese algo que ha de venir y hay momentos en los cuales podemos preparar el camino en un esfuerzo conjunto.”

Éste es el tiempo de trabajar en conjunto. Porque tanto judíos como cristianos estamos trabajando por la redención. Si nos remontáramos al origen de la palabra redención, gueulá, descubriríamos que es el resultado de redimir o librar a alguien de una mala situación o dolor. En la Torá hay sobrados ejemplos de los redentores que pagan rescate para liberar a los cautivos. Al pariente próximo le asiste el deber de rescatar bienes y personas que hayan venido a ser propiedad de un forastero. Tenemos que trabajar para el rescate. Y el hacerlo juntos, nos transforma en familia. Rescatar los valores fundamentales de nuestras tradiciones y creencias que han sido usurpados bajo pretexto de argumentación política o económica. Rescatar a quienes creen que la religión es el pasaporte habilitado para la lucha armada y volverlos al sentido profundo del amor y la piedad. Rescatar a los que se encarcelaron en sus propios prejuicios. Rescatar a los que vendieron su dignidad en aras de un poder totalizador. Rescatar a todos los que tienen esperanzas y no encuentran espacios para sus acciones. Rescatarnos a nosotros mismos de la tentación de buscar culpables, de la indiferencia, tal vez, o del acostumbramiento. A eso, lo llamo redención, a volver a ser libres, para sentir, para vivir particularmente cada uno su opción, en un mundo diverso, complejo y con posibilidades de ser maravilloso.

Todos de alguna manera, somos habitantes de Jerusalem, tenemos nuestros orígenes y nuestras esperanzas en ella. Por eso elevo mis oraciones al cielo y comprometo la obra de mis manos para que Jerusalem pueda habitar sus nombres, de paz e integridad, de justicia y santidad; que prevalezca el diálogo y la palabra de vida por sobre los estruendos y las tinieblas, que renazcan las visiones proféticas de amor recíproco y redención, una redención que nos llama a liberarnos de las ataduras del prejuicio, el odio y el egoísmo, para hacerle un verdadero lugar a Dios, aquí en la tierra.

Ken Iehi Ratzón
Que así sea Su voluntad.